

COLABORACIÓN JUVENIL

Un bello paraje

Cuando nuestros ojos se deleitan contemplando bellos parajes, nuestro deseo sería quedarnos para siempre en aquel bello rincón donde se respira paz y belleza.

Uno de estos bellos rincones es «Pinomar».

«Pinomar»; como indica su nombre, está rodeado de verdes y altos pinos, y en su copa, se cobijan centenares de hermosos pajarillos, que, al despuntar el alba, con sus alegres trinos, vienen a despertarnos cantando melodiosas y dulces canciones.

También el mar quiere embellecer a «Pinomar», y le presta sus olas que, arrogantes, se alzan para dar una nota poética a tan bello paraje.

Cuando en las noches de tempestad el mar ruge, enfurecido, nada respeta; sus olas se lanzan desaforadas hacia las rocas y arrasan todo lo que encuentran a su paso; pero, al llegar a «Pinomar» parece que el mar tiene respeto a tan bello rincón, porque, cuando las furiosas olas llegan a la playa, parece que temen interrumpir lo apacible del lugar.

En «Pinomar», todo es belleza, bello rincón para que muchos pintores estampen en la tela hermosos cuadros.

Cuando los pinos están forrados de un verde fascinador, y el mar está tranquilo, allí se dan cita millares de personas. Es el «Aplec de la Sardana». «Pinomar» estará rebotando de alegría, y toda la gente procura buscar el mejor sitio, para poder admirar mejor el paraje.

Al son de cuatro coblas que desgranar las bellas notas de la sardana, toda la juventud la danza alegre y hasta los ancianos parecen rejuvenecer recordando aquellos tiempos que pasaron y no volverán.

Cuando llega el «Aplec» las gentes ya se preparan para ir a pasar un día campestre lejos del bullicio y de las pasiones mundanas.

Hasta los pajarillos anuncian con sus mejores trinos la alegría que en este día reinará allí, y Malgrat se siente orgulloso de contar entre sus innumerables bellezas, este bello paraje: «Pinomar».

MARÍA DOMÉNECH



La rosa más bella

Si en uno de esos crepúsculos en que el cielo tiene destellos de plata, queriendo imitar a los cúmulos de coral que tienen su morada en el fondo de los océanos, contemplamos una rosa, aspiramos su perfume embriagador que parece infiltrarse hasta lo más profundo de nuestra alma, y sentimos en el rostro la caricia de sus pétalos de seda, nuestro espíritu se sobrecogerá y, nosotros, los seres más perfectos de la creación, nos sentiremos diminutos ante tal belleza.

Si contemplamos una rosa desde su nacimiento, hasta su muerte, podremos observar que primero es un tierno y dulce capullito que parece hecho más bien para adornar el altar de la Santísima Virgen; después, sus tiernas hojitas se abren, y el capullo, convertido en hechicera rosa, recibe, agradecida, los rayos que el astro solar le envía, como regalo a su belleza.

Cuando sus hojas empiezan a desprenderse, caen a la tierra, y su perfume se eleva hasta lo infinito, como queriendo dar gracias al Señor que se ha servido de ella para adornar el mes dedicado a la Virgen.

Ella, la Rosa que más resplandece, apaga el brillo de las demás flores, y reparte sus gracias a todos los fieles que en este mes la honran y, con su divino rostro, sonríe a todos los infantes que a Ella dirigen sus plegarias.

Este año, debemos venerarla con más devoción y amarla con más fervor, pues se celebra el centenario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción.

Cuando 100 años atrás, el Papa Pío IX declaró dogma de fé la Inmaculada Concepción, toda la Basílica de San Pedro estaba maravillosa.

Por la noche, la Basílica, resplandecía de la iluminación, y en conjunto con el cielo estrellado, que aquel día brillaba más que de costumbre, parecía una maravilla celestial.

Ahora que se celebra el centenario de este magno acontecimiento, el cual no se borrará jamás de las mentes cristianas, y siendo éste el mes dedicado a la madre de Dios, en todos los hogares cristianos no debe faltar un altar dedicado a tan Excelsa Señora, y Ella, rodeada de su corte de ángeles, en medio de celestiales cánticos, jazmines y rosas nos bendecirá desde el cielo.

MARTA MAYNOU

El mejor amor

Nosotros, los que tenemos la suerte de tener a nuestra madre, no podemos comprender el dolor de los que ya la han perdido para siempre.

A veces, pienso que Dios me la puede quitar y las lágrimas asoman a mis ojos. Pues si sólo de pensarlo me pongo a llorar, ¿qué sería si Dios se me la llevara?

Cuando somos pequeños buscamos refugio en su pecho, y abrazados a su cuello, lloramos nuestros disgustillos; después, cuando mayores, también la necesitamos para contarle nuestros pesares muy diferentes de cuando éramos pequeños. Y ella siempre con su gran cariño y dulzura nos aconseja y nos guía.

Muchas veces al pedirle algún capricho que no puede o no debe concedernos, nos enfadamos y pensamos que no nos comprende. Pero, no es así: ella, nos comprendió perfectamente, más que nadie, porque ella también ha tenido nuestra edad y sabe que su madre también le negaba caprichos que, al negárselos, comprende ahora que era para su bien.

En nuestra madre tenemos más que un refugio, una gran y sincera amiga; ella es la que en nuestras penas nos consolará y nos marcará el camino a seguir; nunca nos aconsejará con mala intención ni pretenderá que seamos malas o desgraciadas.

Cierto día, después de acariciarla y estampar en sus mejillas algunos besos, le dije: «Mamá, el mejor amor es el suyo». Y ella me contestó cariñosamente: «No hija, el mejor amor es el de nuestra Madre que está en el Cielo, la Santísima Virgen; Ella nos protege y nos ampara de todo mal y a Ella debemos amarla sobre todas las cosas».

Encomiéndate siempre a la Virgen Santísima, sobre todo durante este mes de Mayo, dedicado especialmente a Ella.

PEPITA COMAS

(Alumnas del Colegio Delatreille)



¡CABALLERO!

Pida a su proveedor habitual el producto más moderno para el afeitado perfecto.

Crema líquida LIS D'OR

¡Nunca más usará otro producto!!